

# BOLETÍN

DE LA

## BIBLIOTECA MENÉNDEZ Y PELAYO

AÑO X. — ABRIL-JUNIO, 1928. — NÚM. 2

---

### Un artículo de Menéndez Pelayo sobre Cánovas

---

*Se ha celebrado en el mes de febrero el centenario del nacimiento del insigne hombre de Estado don Antonio Cánovas del Castillo y han sido con este motivo muchos los elogios que en artículos y discursos se han tributado a la memoria de aquel varón benemérito, preeminente figura de la España de su tiempo, literato e historiador cuyos primeros pasos en el campo de la Literatura tan bien parecieron, al menos por lo mucho que prometían, a don Serafín Estébanez Calderón, sobradamente conocido en el mundo de las letras por el seudónimo de El Solitario.*

*Y en este concierto de voces que ha sonado en memoria del que fué principal fautor de la Restauración de la Monarquía bien estará que se oiga y resuene de nuevo la voz de Menéndez y Pelayo trayendo a las páginas de este Boletín un artículo que dedicó don Marcelino al autor de La Campana de Huesca cuando se iba a cumplir un año de su muerte en el balneario de Santa Águeda.*

*Este artículo, no citado hasta la fecha en la Bibliografía de Menéndez y Pelayo, fué publicado el 3 de julio de 1898 en el cuarto número del periódico de Madrid Vida Nueva, y está incluido en las observaciones preliminares al tomo VIII de las obras completas de Lope, al hablar de la Campana de Aragón.*

*Lleva por título Guimerá y Cánovas y hemos podido leerlo en el mencionado periódico gracias a los trabajos de rebusca y amontona-*

*miento de libros y papeles referentes a la provincia de Santander que llevó a cabo el benemérito bibliófilo don Eduardo de la Pedraja.*

*Al publicarlo hoy de nuevo y como artículo aparte del estudio que dedicó don Marcelino a La Campana de Aragón seguimos el criterio, puesto de manifiesto repetidas veces en las páginas del BOLETÍN, de remozar y traer a la memoria los escritos de don Marcelino que por haber visto la luz pública en periódicos, y en años que van quedando muy atrás, es difícil, cuando no imposible, su lectura y conocimiento.*

T. MAZA SOLANO.

## GUIMERÁ Y CÁNOVAS

«El catalán don Angel Guimerá, poeta de alto numen trágico, si bien algo febriciente y convulsivo, y de sumo nervio y potencia de expresión, que resulta tanto más eficaz cuanto más rehuye la pompa retórica, puso en las tablas del teatro regional, en 4 de febrero de 1890, su tragedia *Rey y Monjo*, una de las mejores, aunque no la mejor de las suyas; notables como todas por el fuego de la pasión y por la enérgica familiaridad del estilo, tan remoto del énfasis convencional que ha solido predominar en el drama histórico. Guimerá es un gran poeta, todavía más lírico que dramático; pero su tétrica fantasía tiñe con los mismos colores, todos los personajes y todas las épocas, por donde no puede negarse que reina cierta lúgubre monotonía en su teatro. Voluntariamente, se abstiene de todo apacible contraste, y la violenta tensión que imprime a los nervios de sus personajes, llega a degenerar en acceso epiléptico que perturba y desazona al contemplador, impidiendo casi siempre el puro goce de la emoción estética.

En *Rey y Monjo*, sin embargo, hay menos brusquedad de procedimiento que en *Judith de Welp* o en *Lo fill del Rey* o en *L'anima morta*, y el conflicto es más interesante y humano. El don Ramiro de Guimerá, con alma de príncipe y tribulaciones de asceta, fluctuando entre el amor y los votos monásticos y convertido por la fatalidad de sus propios escrúpulos en esposo ultrajado y vengador, nada tiene que ver con el Rey Monje de la historia, no se presenta con carácter arqueológico alguno, puede haber vivido en cualquier sociedad y en cualquier tiempo; pero es una figura trágica y en algu-

nos momentos imponente. Todo el final del primer acto, en que rasga el testamento de su hermano, se pone por sí mismo la corona y vuelve a continuar la misa interrumpida, es de un efectismo que tocaría en lo grandioso si no estuviese afeado por la irreverencia canónica que es también una incongruencia artística, porque la liturgia y el teatro se excluyen mutuamente.

También ha aparecido el Rey Monje como personaje novelesco, primero en una leyenda histórica de don Manuel Fernández y González, titulada *Obispo casado y rey* (1850); dos años después en *La Campana de Huesca*, de don Antonio Cánovas del Castillo (1852); juvenil ensayo de un grande hombre, que no volvió a cultivar este género, pero que no podía ser vulgar en nada y que en este caso aventajó a muchos novelistas de profesión, no por lo que tuviera de poeta, sino por lo mucho que tenía de historiador.

No entró para nada en la fortuna inmediata de este libro el nombre de su autor, tan desconocido entonces como glorioso después; y sin embargo, el entretenido cuento, tuvo muchos lectores y dos ediciones se agotaron en menos de dos años. Cambió el gusto, pasó la moda de las novelas históricas, y si *La Campana de Huesca* fué de las que se salvaron del común naufragio, más la perjudicó que la favoreció el nombre de su autor, en quien continuamente se encarnizaba la importuna malevolencia de sus enemigos políticos y de aquellos espíritus mezquinos o preocupados a quienes duele reconocer en una misma persona, variedad de actitudes ya que no méritos singulares. Hubo hipercrítico que condenó de plano la obra *in odium auctoris*, confesando que no la había leído ni pensaba leerla.

Quien siga otro rumbo y no niegue a los escritores de varón tan culto y discreto (que tales condiciones no ha de escatimarle su detractor más encarnizado, si es que alguno le queda después de muerto), la atención que hoy se concede aún a las producciones más efímeras y valadíes del género novelesco, encontrará en aquel pensamiento de estudiante, no sólo maestría de sabrosa lectura, sino prendas de alto valor, en que ya se adivina lo que con el tiempo había de dar de sí aplicada al estudio de los anales patrios (en los intervalos rápidos pero fecundos que le dejaba la vida de la acción), aquella dominante y bien disciplinada inteligencia a quien sólo faltó para ponerse al nivel de los más grandes historiadores de la Europa moderna, haber tenido más tiempo para escribir la historia que para hacerla, cualida-

des históricas y del mismo género de las que en las novelas de Walter Scott se elogian, son las que principalmente realzan *La Campana*, tanto en la pintura del rústico y valeroso almogavar, de quien se ha dicho, no sin razón, que es el verdadero héroe de la novela, como en los recuerdos arqueológicos de la ciudad de Huesca, que arguyen una impresión directa y honda, y en las bellas escenas en que aparece el conde de Barcelona, y se vislumbran los futuros heroicos destinos de los dos pueblos que van a confundirse en uno.

No diremos que deje de advertirse, como en casi todas las obras de este género, cierta mezcla de ideas, costumbres y detalles pintorescos, pertenecientes a épocas distintas; pero en general hay más conciencia de erudito que la que podía esperarse de los pocos años del autor y de la libertad con que entonces se trazaban esta clase de fábulas. Cánovas se mostró ya muy versado en la lectura de nuestras crónicas, sin excluir las catalanas de Desclot y Muntaner. La locución es asimismo muy pura, y aunque no exenta de resabios de arcaísmo, corre más suelta y fácil que en sus escritos posteriores, con cierta lozanía juvenil que contrasta con la manera en demasía artificiosa, aunque con noble y grave artificio, que adoptó después».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

---